LA BOBA PARA LOS OTROS, Y DISCRETA PARA SI.

COMEDIA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

Diana, Dama.
Teodora, Dama.
Laura, criada.
Fenisa, criada.
*** *Alexandro*, Galan.
*** *Julio*, Galan.
*** *Camilo.*
*** *Marcelo.*
*** *Fabio*, Gracioso.
*** *Liseno*, Criado.
*** *Albano, y Riselo.*
*** *Acompañamiento.*



JORNADA PRIMERA.

Sale Diana en trage de labradora.

Dian. Pues tú de amores conmigo,
ignorante labrador?
Dirás que yo no lo digo,
que el amor en quanto amor,
nunca mereció castigo.
No porque es mi rustiqueza
tanta, que ignore el grosero
estilo de mi rudeza;
que amor fué el hijo primero,
que tuvo naturaleza.
De este amor han procedido,
quantos son, quantos han sido;
pero no me persuado,
á tenerle en baxo estado
á ningun hombre nacido.
Aquí de estas peñas vivas
quisiera romper las yedras,
no porque trepan altivas,
mas porque abrazan sus piedras
amorosas y lascivas.
Y aquí con violentos brazos,
los enredos de estas parras,
los embustes de sus lazos,
que de pámpanos bizarras
dan á los olmos abrazos.
Si de zelos, ó de antojos
canta á la primera luz
algun ave sus enojos,
quisiera ser arcabuz,
y matarla con los ojos.
Y tú, grosero villano,
vienes á decir amores,
á quien por el ayre vano
un nido de ruiseñoses
derribó con diestra mano?
Tú, ni el de mas brio y talle,
no me hableis, que si en el valle
donde mas léxos se esconde,
solo el eco me responde,
le suelo decir que calle.

No os fieis, que en esta aldea
me dió padre labrador,
que el alma, que se pasea
por mi pecho, y el valor
me dice que no lo crea.
Logro tan altos intentos,
que si pudieran con arte
subir trepando elementos,
pasaran de la otra parte
del cielo mis pensamientos.
Es posible que yo fuí
parto de un monte, y nací
de un rudo y tosco villano?
Un alma tan grande en vano
deposita el cielo en mí.
Son tales mis presunciones,
y discursos naturales,
que en todas las ocasiones
aborrezco mis iguales,
y aspiro á ilustres acciones.
Ayer, aunque no es fiel
intérprete la osadía,
tuve un sueño, y oí que en él,
un aguila me ponia
sobre la frente un laurél.
Con esto tan vana estoy,
que pienso, por mas que voy
reprehendiendo mi baxeza,
que se erró naturaleza,
y soy mas de lo que soy.
Aves, corred con mas prisa,
no bulliciosas piqueis
la yerba que el alva pisa;
fuentes, no me murmureis,
tened un poco la risa,
si un alto pensamiento
en baxo sugeto os calma,
parad con advertimiento,
que son Narcisos del alma
los locos de entendimiento.
Porque si posible fuera,
que el autor del cielo diera
al entendimieuto cara,
loca de verla quedara,
si en vuestro cristal la viera.

Sale Fabio.

Fab. Por las señas que me ha dado
un villano de esta aldea,
que la vió baxar al prado,
no es posible que otra sea.
Dian. Qué buscais con tal cuidado?
Fab. Busco una bella aldeana,
que se ha de llamar Diana,
aunque es de almas cazadora,
desde que salió la Aurora
á producir la mañana.
Sois vos acaso? *Dian.* Yo soy.
Fab. Cierto? *Dian.* Y muy cierto.
Fab. La mano
me dad.
Dian. Los brazos os doy.
Fab. En vuestro semblante humano
mirando mi dueño estoy.
Dian. Sosegaos. *Fab.* Estoy sin mí
desde el instante que os ví.
Dian. Pues qué quereis?
Fab. Que me oigais,
sin que un acento perdais
de quanto me oigais aquí.
Ilustrísima Diana,
hasta ahora de estas selvas
humilde honor, aunque grave,
como está el oro en la tierra;
Octavio, Duque de Urbino,
señor, como sabes, de esta,
por falta de sucesion,
truxo de su hermano Cesar
á su sobrina Teodora,
hermosa, como discreta,
á su estado y á su casa,
(estadme por Dios atenta,
que no entender los principios,
hace obscuras las materias).
Siempre se pensó en Urbino,
que fuera Teodora bella
su heredera (claro estaba)
pues le tocaba tan cerca.
Asi Teodora vivia,
y de estos estados era
señora, y espejo al Duque,
se estaba mirando en ella.
Servianla pretendientes
Príncipes, Parma, y Plasencia,
Ferrara, Mantua, y Milan,
pero con menores fuerzas,
y mayores esperanzas,

como quien sirve en presencia,
dos caballeros de Urbino,
Julio y Camilo, á quien ella
cortesmente entretenia,
con inclinacion secreta:
á Julio, ó por mas galan,
ó por mas conforme estrella.
En estos medios Diana,
la inexôrable tigera
de la parca, cortó el hilo
al Duque en años cincuenta.
Lo que la muerte descubre,
lo que muda, lo que trueca
en qualquier estado ó casa,
bien lo muestra la experiencia.
Asi fué en esta ocasion,
que en su testamento dexa
declarado el Duque Octavio,
que tiene en aquella aldea
una hija natural,
que nombra por heredera.
Oyendose el testamento,
Teodora sin alma queda,
Julio sin vida, y Camilo
con esperanza mas cierta,
que será señor de Urbino,
si viene por quien le hereda:
pues Teodora no le amaba,
aunque recatadas muestras
al fin daba de que Julio
estaba mas en su idea.
Con esto, hermosa Diana,
toda la Corte se altera,
y en dos vandos se divide,
con tal porfia, que llegan
á escribir leyes las armas,
y hacer derecho la fuerza.
Pero entrando de por medio
las canas de la nobleza,
vencen la furia á Teodora,
y la juventud sosiegan.
La legítima señora
buscar alegres decretan,
y dan el cargo á Camilo,
que ya se llama, ó lo sueña
Duque de Urbino contigo,
porque hasta esperar sentencia
de algunas dificultades,
quiere Julio que pretenda
su Teodora, aunque entretanto,
Diana, á la Corte vengas.
Yo, que en servicio del Duque,
con poca nobleza, y renta
nací en humilde fortuna,
tanto que me ha sido fuerza
valerme del buen humor,
para los señores puerta;
aunque no falto, Diana,
de alguna virtud y letras:
respetando aquella sangre,
que del Duque muerto heredas
vine, no á pedirte albricias
del parabien de que seas
Duquesa de Urbino, quando
eco de estos montes eras;
sino para que al peligro
á que te llevan, adviertas
entre tantos enemigos,
sin que nadie te defienda;
porque Camilo no es justo,
que tu persona merezca,
donde Príncipes tan grandes
estos estados desean.
Teodora y Julio, quién duda,
que al paso que te aborrezcan,
han de pretenderun fin
con injustas diligencias?
Mira el peligro en que estás,
y asi es menester que tengas
en tantas dificultades
entendimiento y prudencia.
Perdóname que te diga,
que exâminarte quisiera,
puesto que el buen natural
tales imposibles venza.
Pero ya con los caballos,
el estruendo de las selvas
me avisa, que los que vienen
en tropa á buscarte llegan:
no me quiero detener,
que no quiero que me vean,
por ver si puedo despues
servirte allá sin sospecha.
Dios te libre de traydores,
tu justicia favorezca,
tu buena dicha asegure,

y tu inocencia defienda.

Salen Camilo, y Liseno, y acompañamiento, y Riselo villano.

Ris. Esta, Señores, es la que buscando
venis por este monte, hija de Alzino,
de esta aldea veeino,
que ahora está en los montes repastando.

Dia. O ingenio, aquí me ayuda! *ap.*
fingirme quiero simplemente ruda,
que es el mejor camino á un grande intento.

Cam. Caballeros, mirando estoy atento
en esta labradora
lo que pueden la muerte y la fortuna.

Lis. Qué sin sospecha alguna *ap.*
del estado que espera está suspensa!

Dia. Este es Camilo, atentamente piensa *ap.*
como ha de hablarme, y mi persona mira,
quiere llegar, y el trage le retira.

Cam. Qué sirve suspender á lo que vengo
quando presente, gran señora, os tengo?
dadme los pies, Duquesa generosa,
y tanta novedad no os cause espanto.

Dia. No faltaba otra cosa,
sin que ellos vengan á burlarse tanto;
qué Duquesa decís, ó calabaza?
si andais acaso por el monte á caza,
no me tengais por fiera.

Cam. Pensé que en lo exterior fuera villana, *ap.*
y que la buena sangre la infundiera
un alma, por lo ménos, cortesana.

Lis. Si acaso no es Diana? *ap.*

Cam. Es Diana, pastor? *Ris.* En esta aldea
no hay otra que de aqueste nombre sea,
ni como preguntais, hija de Alzino.

Cam. Qué ésta ha de ser de Urbino
Duquesa? *Ris.* No os agrada?

Cam. Cómo me ha de agradar?

Ris. Pues qué os enfada?

Cam. El semblante risueño, y los efetos,
que no son tan discretos
como su nacimiento prometia.

Ris. Qué mal la conoceis, porque podia *ap.*
venderos mas retórica, si hablase,
que quantos la profesan en Bolonia!

Cam. Señora, el Duque es muerto.

Dia. Pues qué se me da á mí? pero si es cierto
enterradle, señores,
que yo no soy el Cura.

Cam. Mirad, que es vuestro padre.

Dia. Qué locura,
siendo Alzino mi padre! *Cam.* Los temores
que tuve de su poco entendimiento
no me salieron vanos. *Lis.* Qué te espanta,
si se ha criado en rustiqueza tanta?

Cam. Tambien fuera milagro, que no fuera
criada en estos montes como fiera
de esta ruda aspereza,
mas presto mudará naturaleza
en dándola los ayres cortesanos.
Dad á todos las manos:
venid, señora, á Urbino,
y sereis su Duquesa. *Dian.* Desatino.

Cam. Señora, el Duque os heredó en su muerte,
gozad tan alta suerte,
y tan dichosa empresa.

Dian. Pues soy yo buena para ser Duquesa?

Cam. Sí, pues lo quiso el Cielo.

Dian. Pues voy, por mis camisas, y un sayuelo
verde, que tengo con azules vivos.

Cam. Extraños disparates! *Lis.* Excesivos.

Cam. Allá tendreis las galas que os convienen,
á las que vuestro estado y nombre tienen.
Venid, señora, al coche,
porque entreis esta noche,
si es posible, en Urbino.

Dian. Que no señor, yo tengo mi pollino.

Ris. Mira, Diana, que eres ya Duquesa.

Dian. Pues sélo tú por mí, que á mi me pesa.

Cam. Vamos, señora, extraño desconsuelo! *ap.*

Lis. Buena Duquesa llevas. *Dian.* Dí, Riselo,
si al monte fueres, á mi padre Alzino,
que aquí me llego á Urbino
á ser Duquesa, aunque de mala gana,
y que luego vendré por la mañana. *vase.*

Salen Teodora, y Julio.

Teo. Que porfiase Camilo

en traer esta aldeana!
Jul. Es su condicion villana,
Teodora, de aquel estilo.
Teo. Julio, aunque el Duque dexase
clausula en su testamento
de este nuevo pensamiento,
y esta villana heredase,
una cosa tan dudosa,
cómo Senado tan sabio
se la permite, en agravio
de la heredera forzosa?
Lo que disponen las leyes
no lo sé, pero sospecho,
que es diferente el derecho
entre Príncipes y Reyes;
que aunque es la justicia igual,
es justo que haya esempcion,
quando las personas son
de nacimiento real.
Que el Duque me aborrecia
podemos probar tambien,
si porque te quise bien
injustos zelos tenia,
que el querer por succesor
dexar al Duque de Parma,
sobre fundamentos arma
pleito su injusto rigor.
Jul. Quando no hubiera razon
mas, que probar al que muere,
que estaba loco, se infiere,
que ha sido violenta accion;
veamos como nos va
de justicia llanamente,
pues que tendremos presente
á quien la causa nos da,
que aunque mas favorecida
de Camilo, y del Senado,
no ha de poder su cuidado
defender su injusta vida;
si hasta el dia de su muerte
á la succesion te llama,
y de esta constante fama,
que tu accion, Teodora, advierte,
nacieron las pretensiones
de Mantua, Parma y Milán,
qué leyes darla podrán
contra tí justas acciones?
En fin, tú has de ser Duquesa
de Urbino, ó yo he de perder
la vida. *Teo.* Y yo tu muger,
Julio, si á la envidia pesa.
Sale Fab. Ya, señora, viene aquí
la Duquesa mi señora.
Teo. Quién? *Fab.* Aquella labradora;
no te vuelvas contra mí.
Teo. Qué muger es? *Fab.* Es muger,
que en un monte se ha criado.
Jul. No te dé, por Dios, cuidado,
que no le ha de suceder
al Duque por invencion,
muger de esa calidad.
Fab. Hasta probar la verdad
tú tienes la posesion;
mas por la gente vulgar,
y por Camilo, señora,
recibela bien ahora,
que no te podrá quitar
la posesion por lo ménos. *vanse.*
Salen Camilo, Liseno, Diana, y acompañamiento.
Cam. No le agrada á vuestra Alteza
la Ciudad? *Dia.* Es linda pieza,
mas recibirme con truenos?
Cam. Aquella es artillería,
que os hacen la salva aquí.
Dia. Con los relampagos ví
estrellas al medio dia:
en tocando las campanas
en mi aldea el Sacristan,
como los nublos se van,
vuelven á cantar las ranas.
Cam. A proposito. *Lis.* En mi vida
vi cosa tan ignorante.
Dia. Esta casa relumbrante,
de tanto mármol vestida,
qué contiene? *Cam.* Es el Palacio
de vuestra Alteza. *Dia.* El lugar
puede todo aposentar
su grande y vistoso espacio,
con ovejas y borricos.
Cam. Vereis aposentos llenos
de pintura, en que es lo ménos,
telas y brocados ricos.
Dia. Qué es aquello que está allí?
Cam. El relox. *Dia.* Valgame Dios!
Cam. Allí señala las dos.

Dia. Bueno: á Teodora, y á mí?
Cam. Brava respuesta? *Lis.* Gallarda!
Dia. Y quién es, Camilo, aquel
que está en aquel chapitél?
Cam. Es el Angel de la guarda.
Dia. Bien le habemos menester;
pero es grande desvario
tenerle al calor, y al frio,
si nos ha de defender.
Cam. No la entiendo. *Lis.* Yo tampoco.

Sale Fabio.

Fab. A recibiros, señora,
sale la ilustre Teodora.
Cam. De verla me vuelvo loco.
Lis. En viendo su rustiqueza,
se venga de tí Teodora.

Salen Teodora y Julio.

Teo. Mil veces venga en buen hora
á su casa vuestra Alteza.
Dia. Señora, ya yo decia,
que en mi borrico andador,
pudiera venir mejor,
y venir á medio dia;
pero por esas veredas
con mucho polvo y ruido,
arrastrando me han traido
en una casa con ruedas.
Echad acá vuestra mano,
que vos la quiero besar.
Teo. Qué es esto, Camilo? *Cam.* Hablar
con el estilo aldeano;
no os espanteis, que ninguno
nace enseñado. *Teo.* Es así.
Qué dices, Julio? *Jul.* Que aquí
alma, y cuerpo todo es uno,
y que no hay que tener pena
del tratado pensamiento,
pues su mismo entendimiento
en el pleyto la condena;
ó á lo ménos será eterno,
pues no es justicia, Teodora,
que den á Urbino señora
inútil para el gobierno.
Teo. Hoy mi esperanza nació.
Dia. Muy linda está su mercé,
y dígame: no tendré
uno como aqueste yo? *señala.*
Teo. Ahora, señora mia,
vuestras Damas os darán
galas y joyas. *Dia.* No harán.
Teo. Qué notable boberia! *ap.*
Ahora bien, venid, Diana,
á tomar la posesion
de vuestra casa. El meson
le diera de mejor gana. *ap.*
Jul. Y yo la caballeriza.
Cam. Corrido estoy. *Fab.* Yo turbado.
Laura, y Fenisa han llegado. *salen.*
Teo. Laura, aquel cabello riza
á su alteza, y tú despues,
Fenisa, con el decoro
que sabes, diamantes y oro
siembra del cuello á los pies.
Lau. Las dos tendremos cuidado
de vestir, y de adornar
á su Alteza. *Dia.* Estoy de andar
con los gansos por el prado
ducha á la crencha ó la trenza.
Teo. Buena Duquesa has traido,
Camilo. *Cam.* Si estoy corrido,
bien lo dice mi vergüenza,
Teo. Quedaos vosotras aquí:
ven, Julio, que ya la risa,
aun por los ojos te avisa
del placer que llevo en mí. *vanse.*
Cam. Ya vuestra Alteza ha llegado
á su casa, justo es,
que descanse, que despues
de las cosas de su estado
mas despacio trataremos.
Dia. Luego no me he de volver
á mi lugar? *Cam.* No, hasta ver
la sentencia que tenemos. *vase.*
Dia. Ah Gentil-Hombre? *Fab.* Es á mí?
Dia. Un poco tengo que hablaros.
Vosotras, señoras Damas,
id á prevenir mi quarto,
que hablo ya como señora.
Lau. Solo el ayre de Palacio,
que le ha dado á vuestra Alteza,
hará mayores milagros. *vanse.*
Dia. Quién eres, hombre, que fuiste
cometa, que en breves rayos
fuiste carrera veloz
desde tu oriente á tu ocaso?
De los libros de mi historia
pintura, que como en quadros
representaste á los ojos

sucesos de tantos años?
Quién eres, que dispertaste
á pensamientos tan altos
mi dormida fantasía,
entre riscos y peñascos?
Quién te dixo, que me dieses
aquel aviso, que tanto
me ha valido, para hacer
á Teodora aquel engaño?
Pues sino fuera por tí,
el entendimiento claro,
que me dió el Cielo, aumentára
la envidia de mis contrarios.
Hablara con él de suerte,
que la vida y el estado
fuera fimera de un dia,
en el rigor de sus manos.
Y advierte, que esta ignorancia
tengo de usar entre tanto,
que aseguro estado, y vida,
que despues hablaré claro,
y tan claro, que se admiren,
que pueda un inculto campo
producir tan raro ingenio;
pero no hay ingenio humano,
que esto pueda por sí solo:
tú, pues, con ligeros pasos,
Embaxador de mi vida,
impulso del cielo santo,
en el peligro en que estoy
has de ser mi Secretario;
que fuera de no tener
otro favor, me declaro
contigo, porque te he visto
á mi remedio inclinado.
No te pregunto quien eres,
que ya me dixiste, Fabio,
la condicion de tu vida;
pero porque estoy pensando,
que donde tanta piedad
halló lugar tan hidalgo,
ha de ser norte que guie
la nube de mis cuidados.
Fab. Señora, el mar proceloso,
á donde en pequeño barco
entrais á correr fortuna,
injurioso y destemplado
con los vientos de ambiciones,
toca del Cielo los arcos.
Menester habeis Piloto,
mirad qué claro que os hablo,
de mas valor y experiencia,
para no correr naufragio.
Si os quereis fiar de mi,
vivireis, y si no, en vano,
con azeros inocente,
vencereis á tantos sabios.
Dia. Fabio, quando yo contigo
mi entendimiento declaro,
bien sabes que me sujeto;
pensemos ahora entrambos,
qué consejo tomaremos.
Fab. Señora, aunque gobernaron
mugeres reynos, é imperios,
fué con inmensos trabajos,
trágicos fines, y medios
sangrientos, que no dexaron
exemplo de imitacion:
si algun hombre no buscamos
de valor, que con secreto
os pueda servir de amparo,
vos no podeis ser Cleopatra,
ni Semiramis. *Dia.* Reparo
en que Camilo es indigno.
Fab. Camilo? gentil caballo,
para lo que yo pretendo.
Di. Pues qué pretendes? *Fab.* Casaros
con hombre de tal poder,
que no le iguale Alexandro.
Di. Pues hagamos un concierto;
que busques el hombre, Fabio,
y le traigas de secreto,
que si del talle me agrado,
como tú de su valor,
iremos los tres tratando
vencer estos enemigos:
pero advierte, que quedamos
en que este marido sea,
pues ha de durarme tanto,
repartido entre los dos,
de manera que escojamos,
tú el valor, yo la persona.
Fab. Tu ingenio, y tu gusto alabo,
no como algunas mugeres,
que apénas padre ó hermano
les nombraron casamiento,
quando con el desenfado,
que si fuese para un dia,

lo que es para tantos años,
cierran con él, sin mirar
si es azul, ó colorado,
de que nace, que el oficio
de marido ó carga, ó cargo
le substituyan tenientes.
Dia. Parte, que me están mirando,
el Cielo tus pasos guie.
Fab. Tú veras como te traigo
un hombre. *Dia.* Quién por tu vida?
Como que se entran dicen lo que sigue.
Fab. No lo sé, vete despacio,
que ahora le voy á hacer.
Dia. Sea valiente. *Fab.* Un Orlando.
Dia. Sea ilustre. *Fab.* Será un Rey.
Dia. Liberal. *Fab.* Un Alexandro.
Dia. Famoso. *Fab.* Cesar, ó Aquiles.
Dia. Ayroso, sabio. *Fab.* Y gallardo.
Dia. Mancebo. *Fab.* Lo principal.
Dia. Yo te aguardo. *Fab.* Yo me parto
á buscar este marido,
como si fuera de barro. *vanse.*
Salen Alexandro, hermano del Duque de Florencia, Albano, y criados, como de caza.
Alex. Gran deleyte la caza. *Alb.* En él se prueba,
pues á los montees del confin de Urbino,
desde Florencia sin parar te lleva.
Alex. Llamarle puedes dulce desatino;
qué hermosa fuente de esta obscura cueva
remite al valle el paso cristalino,
el rubio lirio, y la azucena cana!
parece que es el baño de Diana.
Campos, yo pienso que del cielo fuisteis
al hombre los mayores beneficios,
que fuera del sustento que le disteis,
templais la gravedad de los oficios:
qué pensamientos no se alegran tristes,
entre estos naturales edificios,
arquitectura que formó el dilubio,
mejor que los diseños de Vitrubio?
Allí un peñasco empina la alta frente,
que parece que al cielo desafia:
allí se humilla, y mas profundamente
su firme fundamento hallar porfia:
qué puerta mas pomposa y eminente
coronan entre dórica armonia
mas reales trofeos, que á estos riscos
guirnaldas de tarayes y lentiscos!
En esta soledad parece el cielo
prado de flores candidas y bellas,
y en tanta luz el esmaltado suelo,
con licencia del sol, prado de estrellas:
qué cosa es ver un músico arroyuelo,
sirviendo de instrumento á las querellas
de un ruiseñor, que hablando mas suspira,
canta la solfa que en su arena mira!
Alb. Pienso que quiere ya vuestra Excelencia
ser hermitaño de este monte.
Ale. Albano,
tal vez el olvidarse de Florencia,
hace despues mayor el gusto. *Alb.* Es llano.
Ale. Si Nápoles admite competencia,
donde naturaleza abrió la mano,
no dudes que es Florencia; pero importa,
para estimarla, alguna ausencia corta.
Sale Fab. Yo pienso que voy fuera de camino,
que no es el de Florencia el que he tomado.
Alb. Un hombre al parecer, viene de Urbino.
Fab. Gente desciende de este monte al prado.
Alb. Buen hombre, qué buscais?
Fab. Perdido el tino
por estos laberintos voy errado.
Ale. Fabio, tu voz conozco. *Fab.* Señor mio!
Ale. En tu pasado amor los brazos fio.
Fab. Bien haya el yerro que tan bien acierta.
Ale. Desde que de Florencia te partiste,
ingrato me olvidaste. *Fab.* Desconcierta
toda razon una fortuna triste,
resucitaste mi esperanza muerta,
quando, señor, en salvo me pusiste
de la justicia de tu heroyco hermano,
que no pudo sin tí remedio humano.
Vineme á Urbino siempre receloso,
donde al Duque serví, que muerto yace,

no ingrato á tu valor, mas temeroso,
que siempre el miedo de la culpa nace;
bien sabes que un contrario poderoso,
nunca sin sangre agravios satisface.
Alex. Disculpa tienes, Fabio, que el agravio,
siempre le ha de tener presente el sabio.
Dónde vas por aquí? *Fab.* Voy atrevido
á buscar un marido á cierta Dama,
aunque buscarle en monte no haya sido
felíz agüero de su incierta fama.
Alex. Es muger principal? *Fab.* De esclarecido
nombre y sangre real. *Alex.* Cómo se llama?
Fab. Es cosa de grandísimo secreto.
Alex. Secreto? *Fab.* Sí.
Alex. Pues buscale discreto.
Fab. Esta es muger, que serlo de un hermano
pudiera del gran Duque de Florencia.
Alex. Yo soy, llevame á mí.
Fab. No hablaste en vano,
aunque burlando estás mi diligencia,
pero salgamos al camino llano,
que te importa escucharme. *Alex.* Doy licencia
para veras, ó burlas. *Fab.* Pues advierte.
Alex. Comienza.
Fab. Escucha tu dichosa suerte. *vanse.*

Salen Teodora y Julio.

Teo. No pude yo desear
mas venturoso suceso.
Jul. La ventura te confieso,
como saberla gozar.
Teo. Camilo no acierta á hablar
de corrido y de turbado,
pero dirá que es casado,
que es facil de persuadir,
Diana no ha de regir,
sino Camilo, su estado,
temo que ella ha de querer
qualquier propuesto marido.
Jul. Lo mismo me ha parecido
de una inocente muger:
y que si lo viene á ser,
el mismo daño nos viene,
luego remedio conviene.
Teo. En aquel simple sugeto,
si el alma es causa, el efeto
de ella producirse tiene;
si con tanto entendimiento,
tantas se casaron mal,
qué hará quien le tiene igual?
Jul. Lo mismo, Teodora, siento,
pero escucha un pensamiento.
Teo. Cómo? *Jul.* Tú la has de decir
mal de los hombres, que oir
cosas que la den temor,
la pretenda persuadir,
harán en su entendimiento,
si alguno puede tener
tan simple, y necia muger,
que aborrezca el casamiento.
Teo. Es discreto pensamiento;
mas si lo que es general,
por condicion natural,
y por flaqueza tambien,
la fuerza á quererlos bien,
qué importa decirla mal?
Jul. Y qué importa que lo intentes?
Teo. Yo lo haré, que puede ser
que aproveche, aunque el querer
tiene muchos accidentes.
Jul. Por qué lo contrario sientes?
Teo. Porque es amor un furor,
que obliga á amar con rigor
á los de sentido agenos,
que un animal sabe ménos,
y sabe tener amor.

Sale Diana muy bizarra, Laura, Fenisa y acompañamiento.

Dia. No vengo buena. *Teo.* Extremada.
Dia. No ves quál traigo el cabello?
Laura me le ha puesto asi,
devanado en unos hierros,
mas quando oí que Fenisa
los ensartaba en el fuego,
desde el estrado salí
hasta el corredor huyendo.
Mire que de varatijas
me han puesto por todo el pecho.
Jul. Por Dios que está vuestra alteza
como un angel. *Dia.* Yo lo creo.
A ver, vuelvalo á decir,
como dicen en el pueblo.
Jul. Que está vuestra Alteza hermosa.

Dia. Pues quereis que nos casemos?
Teo. Señora, no hableis asi,
tened á los hombres miedo.
Dia. Pues por qué?
Teo. Porque son malos.
Dia. Yo pensaba que eran buenos.
Mi padre el Duque, fué hombre?
Teo. Sí señora. *Dia.* Pues yo pienso,
que pues le quiso mi madre,
no era malo, sino bueno.
Qué mugeres han parido
sin hombres? *Teo.* Ninguna.
Dia. Luego
para algo deben de ser
en el mundo de provecho.
Teo. Las mugeres principales
de ellos han de andar huyendo.
Dia. Y qué importa que ellas huyan,
si las han de alcanzar ellos?
Fen. Qué maliciosa villana!
Lau. Si, pero boba en extremo.
Dia. Ola, Fenisa? *Fen.* Señora?
Dia. Quando os mirais al espejo,
quando os vestís tantas galas,
quando os rizais los cabellos,
quando llamais dando manos,
quando descubrís manteos,
quando enjaezais los chapines,
que solo falta ponellos
pehales de cascabeles,
es para salir corriendo,
porque no os topen los hombres?
Lau. Señora, no pretendemos
desagradarlos, que es todo
materia de casamiento.
Dian. Quando noche de San Juan,
esperais con tal silencio,
lo que dicen los que pasan,
es por San Juan ó por ellos?
Fen. Por ellos, señora mia.
Dia. Y quando salís haciendo
la paba con anchas naguas,
imitando en rueda y ruedo
disciplinante galan,
es todo aquel embeleco
por mugeres, ó por hombres?
Lau. Para venir de un desierto
campo, mucho sabes. *Dia.* Yo,
Laura, á los hombres me atengo.
Teo. Camilo la ha dicho amores.
Jul. Eso, señora, sospecho.
Teo. El viene. *Jul.* Será á buslarse.

Salen Camilo, Liseno, Albano, Alexandro y Fabio.

que con otros caballeros
de rebozo viene á verla.
Alex. El que me conozcan temo,
aunque haber estado en Roma,
como sabes, tanto tiempo,
con el Cardenal mi hermano,
asegura mi deseo
Fab. Ponte la capa en el rostro,
demás de tener por cierto,
que no te ha visto ninguno,
porque todos presumiendo,
que Diana es muger simple,
en sus acciones suspensos,
solo reparan en darla
mas aplauso que respeto.
Alex. Sin que me digas quien es,
sus fingidos movimientos
me lo han dicho. *Fab.* Dices bien,
que fácil es conocerlos;
qué te parece? *Alex.* Que inclina
á amor y lastima. *Fab.* Llego
con tu licencia á decirla
que te traigo. *Alex.* Advierte.
Fab. Advierto.
Alex. Que no la digas quien soy,
que esto ha de ser á su tiempo.
Fab. No tiene gentil persona?
Alex. Fabio, de amigos, de ingenios,
de mugeres, y pinturas
no se ha de jurar tan presto.
De amigos, porque son falsos,
de ingenios, porque son nuevos,
de pinturas, porque tienen
dificil conocimiento,
de mugeres, porque muchos::::
Fab. No lo digas, ya te entiendo.
Alex Son hermosura sin alma.
Fab. Pero en este gran sugeto
todo está junto, yo voy.
Alex. Y yo aguardo, satisfecho
de tu entendimiento, Fabio.
Fab. Ponte de buen ayre; llego,

y repare vuestra Alteza.
Cam. Admirado estoy, Liseno,
de que estubiese sin alma
la belleza de aquel cuerpo.
Lis. Son árboles, que sin fruto
altos, y floridos vemos.
Dia. Un Secretario ha venido, *ap.*
hablarle por cifras quiero,
que ya por señas me dice,
lo que sin ellas sospecho.
Si tengo de estar acá,
y tantos señores veo,
es imposible que pueda
hablarlos sin conocerlos.
Aprendiendo voy los nombres,
Camilo, Julio, Liseno,
Teodora, Laura, Fenisa:
vos quién sois, que no me acuerdo
haberos visto otra vez?
Fab. Soy, señora, un escudero
de vuestra Alteza. *Dia.* Qué nombre?
Fab. De canto de organo tengo
la entrada: Fabio me llamo.
Dia. Sois hombre? *Fab.* Pudiera serlo
honrandome vuestra Alteza,
porque á imitacion del Cielo,
los Príncipes hacen hombres.
Dia. Dice Teodora, que de ellos
huya, porque son traidores.
Fab. Pues yo de leal me precio.
Dia. Qué hay de aquello?
Fab. Ya lo truge. *ap.*
Dia. Quál de ellos es? *Fab.* El que atento
á que le mires, se quita,
de aquella capa cubierto,
de quando en quando el rebozo;
mírale bien. *Dia.* Ya le veo.
Fab. Es bueno? *Dia.* Despues de hablado
te diré lo que del siento.
Fab. Lo mismo de tí me dixo.
Dia. Pues debe de ser discreto.
Fab. Quando á buscarle partí
hicimos los dos concierto,
que tú escogieses el talle,
y yo escogiese el ingenio.
Qué hay de tu parte? *Dia.* Asi, asi.
Mas, dime, si lo compuesto
de mi talle le ha agradado.
Fab. Asi, asi. *Dia.* Venganzas? bueno.
Qué nombre! *Fab.* No me lo ha dicho.
Dia. Pues dónde encontraste, necio,
este marido sin nombre,
para tan grande sugeto?
Fab. El te lo dirá, que yo
lealtad á entrambos profeso.
Dia. Voyme, y pasaré mas cerca.
Fab. Es un gallardo mancebo.
Dia. Teodora? *Teo.* Señora mia?
Dia. Mucho me enfada el concierto
de Palacio, allá en mi casa
siempre estaba yo comiendo
á todas horas, y asi,
ir á la cozina quiero,
como en mi casa solia.
Teo. Qué notable desconsuelo! *ap.*
deténgase vuestra Alteza.
Dia. Ya, Teodora, me detengo,
para mirar estos hombres,
que ver mas cerca deseo:
qué gracia, ó qué falta tienen,
que obligue á tenerlos miedo.
Vase mirando á Alexandro.
Fab. Ya que se fueron, señor,
dime lo que sientes de esto,
porque en todos los principios,
tienen las cosas remedio.
Aquí no estás empeñado,
porque con discreto acuerdo
negué tu nombre, aunque fuera
despertar su pensamiento
decirla, este es Alexandro
de Medicis por lo ménos
del gran Duque de Florencia
hermano, de Francia deudo,
y persona, que en las armas.:::
Alex. Detente, Fabio, y tratemos
como solicite yo
á Diana con secreto,
para ser Duque de Urbino,
que están á la mira puestos
mil Principes confinantes.
Fab. Quien agradecido ha puesto
su persona en este punto,
dará para todo medio,
que nos dé glorioso fin;
tú de enamorarla tierno,

y yo haciendo el dulce oficio...
Alex. De qué? *Fab.* De tercero vuestro:
en el Palacio de Urbino
habemos de poner presto
de los Médicis las armas.
Alex. Yo te daré::: *Fab.* No lo quiero,
porque quien á buenos sirve,
eso le basta por premio.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Diana con sombrero, y capotillo, y Alexandro en trage de noche, y Fabio y Laura.

Dia. Tan presto quieres irte?
Alex. Fabio, señora, dice que amanece.
Fab. Bien puedes despedirte,
que el crepúsculo crece,
y la tumba del sol se desvanece.
Dia. Esta, Alexandro, es la primera noche,
que en aqueste Jardin hablé contigo,
Fabio solo testigo,
y Laura, de quien fio este secreto,
hasta que tenga venturoso efeto.
Lau. Entiendes, Fabio tú, del carro, ó coche
dónde van las estrellas?
Fab. Vendrá muy á propósito por ellas
sacar, Laura, la hora,
despues que el sumiller del sol, la Aurora
le corre la cortina,
esparciendo la niebla matutina.
Lau. Habla christiano, ó nora mala vete.
Fab. Esto no es culto? *Lau.* No.
Fab. Pues qué? *Lau.* Cultete.
Alex. Diana hermosa, Fabio me ha contado
que te daba cuidado,
no mi persona ya, mi entendimiento,
parecete que digo lo que siento,
y siento lo que digo?
Soy bueno para dueño, ó para amigo?
que de qualquiera suerte en tu servicio
la vida, el alma es corto sacrificio:
si estoy exâminado,
dame, señora, el grado
de galan, ó marido.
Dia. Con el mismo temor, lo mismo pido,
que como la primera vez me viste,
que es fundamento, en que el amor consiste,
con tan simples afectos, y señales,
y aquella aprehension tarde se olvida,
la memoria ofendida,
puede ser que conserve acciones tales.
Alex. Y una noche, Diana,
que hablando nos divide la mañana,
no quieres que tu raro entendimiento
me dé conocimiento,
de que tal exterior sirve de muro
á la perla del alma en nacar puro?
Tal es tu ingenio, y tu real decoro,
como licor precioso en vaso de oro;
y admírame que sea
de tanta ciencia Cátedra una aldea.
Dia. Si yo, gallardo Médicis, te agrado,
tu ingenio, tu persona, á mi cuidado
es al circulo de oro semejante
que esmalta, y ciñe brillador diamante.
Lau. Si estais ya concertados,
mirad que del jardin los acopados
árboles hacen sombras,
y se ven de las flores las alfombras,
en cuyos quadros cultos
repite luz el alva.
Fab. Pintados paxarillos hacen salva,
entre los verdes arboles ocultos,
con la dudosa luz del nuevo dia,
y no teneis temor, que ser podria,
que os viesen tantos necios pretensores?
Alex. Mal sabes tú que es comenzar amores,
que hasta ganar el alma que desea,
no hay amante que tema, ni que vea.
Dian. Hablar siempre discreto
ya no será posible, que en efeto
donde hay amor hay zelos, linces tales,
que penetran los orbes celestiales,
y los obscuros limbos de la tierra.
Alex. Para escusar la guerra
de la envidia curiosa,
la industria solamente provechosa,
puede hallar algun medio,
de ella desvelo, y de los dos remedio:
qué te parece que Alexandro intente?

Lau. Huye presto, señor, que viene gente.
Dia. Tan presto gente aqui? *Fab.* Gentil olvido!
Lau. Qué ciego es el amor entretenido!
Dia. Con el gusto no via
que nos miraba el dia.
Alex. Y yo, no viendo estrellas en su velo,
pensé que se pasaron á tu cielo:
á Dios señora mia. *vanse.*

Salen Teodora y Fenisa.

Teo. Hombres dices que viste?
Fen. Pues no le ves huir, porque sintieron
que su amorosa plática rompiste.
Teo. Sentí la llave, y que la puerta abrieron
que sale al muro. *Fen.* Qué furioso escapa,
dexandonos el oro de la capa
en los ojos el uno,
por testigo de que es amante alguno
de tantos pretendientes!
Teo. Fenisa, no será de los ausentes,
aunque pueden servirla de secreto,
y que he tenido zelos te prometo
de que la mire Julio. *Fen.* No lo creas,
que aunque es gallarda, son acciones feas
las de su entendimiento,
porque fuera sin alma amor violento.
Teo. Esto no me asegura,
que el ingenio, la gracia, y la hermosura,
que á muchas les negó naturaleza,
discretas hizo y lindas la riqueza,
ý yo he notado en Julio tal mudanza,
que no debe de ser sin esperanza
de ser Duque de Urbino.
Fen. Antes de la sentencia es desatino.
Teo. Bellísima Diana, entre las flores
tan de mañana? afectos son de amores;
las plumas, y el vestido
muestran, que aquí la noche habeis tenido:
yo ví por las espaldas
el oro entre las verdes esmeraldas
de estos arboles, y hojas: qué es aquesto?
hombres con vos! cómo olvidais tan presto
lo que os tengo advertido?
Dia. Señora, como boba soy, me olvido
facilmente de todo.
Teo. No veis que de ese modo
ofendeis la grandeza en que nacisteis?
Dia. Que huyese de los hombres me dixisteis,
pero como yo sé los mandamientos,
que es mas obligacion que vuestros cuentos,
y amarás á tu proximo, decian,
como á tí mismo, ví que no tenian
vuestras lecciones buenos fundamentos.
Teo. Amadme á mí para cumplir con ellos.
Dia. No debeis de sabellos;
no veis que dice próximo, y si fuera
para muger, que próxima dixera?
veis, como vais, Teodora,
contra los mandamientos? *Teo.* Yo, señora,
deseo quanto puedo,
que no te engañe alguno. *Dia.* No hayais miedo.
Teo. Engañan las discretas, y avisadas,
qué harán de vos? *Dia.* Por muchas engañadas,
en todos los estados,
siempre son mas los hombres engañados.
Fen. Esto no sabe á mucha boberia. *ap.*
Dia. Pero decidme vos, por vida mia,
por qué los quereis mal? que es buena gente;
quién hay que nos defienda, y nos sustente?
Pues desde que nos paren nuestras madres,
todo es cuidado, y ansias de los padres,
para darnos remedio.
Fen. La Corte se vistió de medio á medio. *ap.*
Dia. Joyas, vestidos, galas, y placeres,
debemoslas acaso á las mugeres?
y fuera de esto, aunque de mi te asombres,
no ves que las tres partes de los hombres,
han muerto por nosotras: luego es justo

querer á quien nos quiere, y con tal gusto
nos sirve, nos regala, nos sustenta,
y con su amparo defender intenta,
con el amor la vida, y con las manos.

Teo. Antes, Diana, son unos tiranos,
que no nos quieren mas, que mientras dura
la verde edad, la gracia, y la hermosura;
matándonos á zelos, y es de modo,
que ellos lo quieren todo,
y no nos dexan ver el sol apenas.

Dia. Pienso que quieres bien lo que condenas:
ven, Laura amiga, y mudaré vestido.

Lau. Mucho te has declarado. *Dia.* No he podido
esta vez reprimir mi entendimiento,
que es luz, en fin, y sigue su elemento. *vanse.*

Teo. Quién pensara, Fenisa, que supiera
estas cosas Diana en quatro dias?

Fen. Si tu buen natural se considera,
no ha de vencer las rudas fantasías
aquella sangre ilustre?

Sale Julio.

Jul. Haced pensamiento mio *Ap.*
lugar, aunque estais de asiento,
á mi nuevo pensamiento,
pues teneis libre alvedrio.
Perdonadme, si os desvio
de la obligacion de quien
lo mismo hiciera tambien;
que la razon natural,
quiere que aborrezca el mal,
y que solicite el bien.
Los ojos puse en Diana
desde el punto que llegó,
no porque me enamoró,
si honesta hermosa y villana,
mas porque tengo por llana
su justicia, y siendo asi,
ganaré lo que perdí,
si á quien la tiene me inclino,
porque ser Duque de Urbino,
es lo que me importa á mí.

eo. Julio? *Jul.* Señora, no en vano,
con mas hermosos colores,
se levantaban las flores,
desde tus pies á tu mano:
embaxador del verano
suele ser el ruiseñor,
y ahora de flor en flor
vienes á ser Filomena;
rie el prado, el ayre suena,
llora el agua, rie amor.
Ya qué puede sucederme,
que no sea dicha este dia?

Teo. Segura estará la mia
con pagarme, y con quererme:
aquí vine á entretenerme,
y hallé á Diana, que ya
en ser bachillera da.

Jul. Es lazo en que dan los necios,
para mayores desprecios.

Teo. Algo reformada está.

Jul. Es un mármol que ha vestido
de rustica arquitectura
naturaleza, tan dura,
que Camilo arrepentido
está de haberla traido,
y tan confuso el Senado,
que le ha puesto en mas cuidado,
el volverle á deshacer,
que el pensar que ha de poner
tal señora en tal estado.

Teo. Por ir á verla vestir
las galas de hoy, no me puedo
detener contigo. *vase.*

Jul. Quedo
sin tí, no hay mas que decir;
esto me importa fingir,
ya que con Diana intento
este nuevo pensamiento,
que luego que tenga amor,
sobre su mucho valor,
lucirá su entendimiento.

Sale Camilo.

Cam. Huelgome de hallarte á solas,
que tengo que hablar contigo.

Jul. Ya sabes mi inclinacion
á tu amistad, y servicio.

Cam. Si en ella puso Teodora,
quando los dos la servimos,
alguna discordia, Julio,
siendo deudos, siendo amigos,

ya no causarán los zelos
los pasados desatinos,
que del amor de Teodora
toma venganza el olvido.
De hablar con Diana vengo,
y pareceme que he visto,
no su juicio concertado,
mas no alterado su juicio.
Con su Secretario estaba
escribiendo á los que han sido
pretendientes de Teodora,
que le han dado por escrito
el parabien del estado:
aquí, Julio, te suplico
que me escuches mas atento.
Jul. Qué mas atento? *Cam.* Pues digo,
que si este estado ha de ser,
ó de un extraño ó vecino,
donde como dueño ageno,
corren los propios peligros,
es mejor que yo lo sea;
que por ser Duque de Urbino,
no reparo en lo interior
de este rústico edificio:
porque no la quiero yo
para que me escriba libros,
ni para tomar consejo,
que de muger no le admito.
Tú, pues quieres á Teodora,
que nunca quien ama quiso
mas interés que su gusto,
ayuda el intento mio,
pues que no puedes dexar,
por amante y bien nacido,
de quererla, á cuya causa
á Duque de Urbino aspiro:
que si me das tu favor,
y la posesion conquisto,
todos mis estados quedan
á eleccion de tu alvedrio.
Jul. Mucho me pesa que pienses,
ó generoso Camilo,
siendo discreto, que pueda
el gusto, y mas si es fingido,
vencer tan grande interés,
como ser Duque de Urbino.
Quando yo amaba á Teodora,
era fundado designio,
de ser forzosa heredera,
pero viendo como has visto,
que es Diana, quién tan loco
tomára tan necio arbitrio,
como dexar la esperanza
de la pretension que sigo
con el mismo pensamiento?
Quién se viera tan rendido
á la mayor hermosura,
que naturaleza hizo,
al mas raro entendimiento,
al cuerpo mas cristalino,
(cosas que siguen los hombres
con engañoso juicio)
que dexara un grande estado
por un bien, que siempre ha sido
imaginada victoria,
y executado delirio:
breve cometa del gusto,
que suele traer consigo
el justo arrepentimiento,
á espaldas del apetito?
Las cosas que son posibles,
han de pedir los amigos,
que es locura y no razon,
amistad contra sí mismo.
Los amores de Teodora,
no fueron mas de principios,
mudó fortuna el semblante,
y mi amor mudó de sitio.
Mas quiero boba á Diana,
con aquel simple sentido,
que bachillera á Teodora;
pues un Filosofo dixo,
que las mugeres casadas
eran el mayor castigo,
quando soberbias de ingenio,
gobernaban sus maridos.
Lo que han de saber, es solo
parir, y criar sus hijos:
Diana es hermosa, y basta
que sepa criar los mios.
Cam. No esperé de tu lealtad
respuesta tan descompuesta,
pero ha sido la respuesta,
como ha sido la amistad.
Mas qué mejores razones
me pudiera responder,

quien rompe de una muger
las muchas obligaciones?
Pero no se lograrán,
que en sabiendolo Teodora,
á quien yo lo diré ahora,
(pues tus agravios me dan
para baxezas licencia)
á entrambas las perderás,
y á mi que te importa mas.
Jul. Y qué ha de hacer mi paciencia,
Camilo, en esta ocasion?
Cam. Remitir el desagravio,
á las obras, y no al labio,
que palabras no lo son.
Jul. Pues quitándote la vida
podré solo pretender.
Cam. Quien la sabe defender, *riñen.*
nunca de quien es se olvida.
Salen Diana, Teodoro, Fabio, y Marcelo.
Teo. Ya se luce la cabeza,
que por gobierno teneis.
Dia. Ola! qué es esto qué haceis?
Mar. Ya no lo ve vuestra Alteza?
Julio, y Camilo reñian.
Dia. Marcelo, es esto mal hecho?
Mar. Quando hay enojo, y despecho,
al campo se desafian
los caballeros, no aquí.
Dia. Qué haré, Teodora?
Teo. Prendellos.
Dia. Prendellos? pues querrán ellos?
Teo. Mandadselo vos. *Dia.* Yo?
Teo. Sí.
Dia. Las espadas me desmayan.
Escribidles á los dos,
Marcelo, una carta vos,
en que á la carcel se vayan.
Fab. Buena traza. *Mar.* La razon
de la pendencia, qué fué?
Cam. Fué la Duquesa. *Mar.* Por qué?
Cam. Casarla fué la ocasion,
mas no tambien empleada,
aunque con mucha nobleza,
como merece su Alteza.
Dia. No, no, que ya estoy casada.
Teo. Casada? con quién? *Dia.* Con vos,
que pues que no he de querer
hombres, sereis mi muger.
Teo. Poned en paz á los dos,
haced que se den las manos.
Dia. Luego quereislos casar?
Teo. Y los dos pueden dexar
esos pensamientos vanos.
Dia. Casense Julio, y Camilo,
pues ya lo estamos las dos,
dad fé, Secretario, vos,
entendeis? por buen estilo
de que quedamos casados.
Sin duda que la qüestion *á Laura.*
nació de la pretension,
Laura, de aquestos estados.
Sale Alexandro con botas y espuelas.
Alex. Si deslumbrado por dicha
entré, señores, aquí,
que tanto ha podido en mi
la fuerza de una desdicha,
suplicoos me perdoneis.
Dia. Qué es esto, Fabio? *Fab.* Señora,
como tú lo entiendo ahora.
Dia. Caballero, qué quereis?
Alex. Quál es su Alteza? *Dia.* Yo soy
su Alteza, si me buscais,
pues bien, qué es lo que mandais,
que os entrais adonde estoy
con las espuelas calzadas?
sois por ventura Francés,
que las tienen en los pies
para siempre vinculadas?
que como entre las naciones
son los mejores caballos,
de Galos se han vuelto gallos,
y gallos con espolones.
Alex. Tanto mi peligro ha sido,
que dexo el caballo muerto
á esa puerta. *Dia.* Desacierto,
que mejor hubiera sido
haberle metido acá,
y que se muriera aquí.
Teo. Caballero, oidme á mi,
que esta gran señora está
de enfermedad, que ha tenido,
divertida, como veis:
á qué venís, qué quereis?
Dia. Mentís, porque ya ha venido
mi salud, y estoy tan buena,

que cierta temeridad,
es sola mi enfermedad,
hasta quitarme la pena.
Que se entrase, Fabio, aquí *á Fabio.*
Alexandro de esta suerte!

Fab. Si él no sale bien de todo,
pasos, y tiempo perdí.

Alex. Hermosa Diana,
retrato de aquella,
que con las tres formas
por deidad celebran.
Que luna en el cielo,
Diana en la tierra,
en el centro obscuro
Proserpina reyna.
Pues fuisteis señora
Diana en las selvas,
luna en el estado,
donde sois Duquesa.
Y mientras estuvo
sayal encubierta
Proserpina clara,
Reyna de tinieblas.
Octavio Farnesio
á vos se presenta,
del Príncipe hermano
de Parma, y Plasencia.
Amor, que en las almas
tiene tanta fuerza,
mayormente quando
verde Primavera
tiernos años gozan,
faltos de experiencia.
En la luz hermosa,
bañando las flechas
de unos ojos negros
de una dama bella.
Dió luto á los mios,
pues en esta ausencia
en el alma misma,
le traigo por ella.
No por lo presente
hago competencia,
pero si el amor
las flechas perdiera,
los ojos que digo
sirvieran por ellas.
Pagóme dos años
amorosas deudas,
no eramos iguales
en sangre, y nobleza;
con que mi esperanza,
que casado fuera,
posesion dichosa,
fué desdicha cierta.
Solo merecia
por alguna reja
manos recatadas
y palabras tiernas.
Como mariposa,
que nunca se quema,
solo daba tornos
á la blanca vela.
Trataron casalla
sus padres por fuerza,
y fuéla forzoso
darles obediencia.
Yo que la adoraba,
y me vi perdella,
no perdí la vida,
perdí la paciencia;
y viendome Porcia
con alma resuelta
de matar su esposo,
mis locuras templa
con darme palabras,
que salieron ciertas.
Tierna á mis suspiros,
fácil á mis quejas,
de las bodas tristes
pasaron apenas
los alegres dias,
quando verme intenta.
Una obscura noche
tan lluviosa y negra,
que solo se hizo,
para ser secreta:
á su huerta pongo
escalas de cuerda,
mas que cuerdo, loco
subiendo por ellas.
Dormia su esposo,
y Porcia despierta,
de la cama sale,
durmiendo le dexa.
Quando vi su bulto

por la blanca senda,
que era de los quadros
guarnicion de arena;
cuyos pies hermosos
en breves chinelas,
con airosos pasos,
la volvieron perla.
Si hay aquí quien ame,
lo que sentí sienta,
tras tantos deseos,
con el bien tan cerca.
Naguas de cambray,
con randas flamencas,
partian el campo
de su imágen bella.
Porque la camisa
de mangas abiertas,
mostraba los brazos
de cándida cera.
Al uso de Italia,
por el pecho suelta
dos suspensos bultos,
pomos de azucenas.
Al marido entónces
el honor despierta,
porque quien le tiene,
no es bien que se duerma.
La jurisdicion
de la cama tienta,
lo frio le abrasa,
lo ardiente le hiela.
Porque los que aman
este estado sientan,
que aun allí no tienen
segura su prenda.
Salta de la cama,
y toma en defensa
de su honor y vida
espada y rodela.
Presto halló el engaño,
y á nosotros llega,
porque las desdichas,
siempre fueron ciertas.
Conmigo se afirma;
la cólera ciega,
nunca por preceptos
gobernó las letras:
y como el agravio,
ni esgrime ni llega,
cuchilladas tira
con poca destreza.
A pocas, turbado
por mi espada se entra,
del jardin los quadros
con la sangre riega.
Saco á Porcia en brazos
sin herida muerta;
y en un Monasterio
defendida queda.
Apenas la aurora
sacó la cabeza
á llorar desdichas
en viendo la tierra,
quando diez soldados
mi aposento cercan.
Préndeme mi hermano,
y él mismo sentencia,
porque propia sangre
mas exemplo sea,
dando á la justicia
magestad severa.
Ya llegaba el dia,
quando una doncella,
hija del Alcayde,
piadosa me entrega
llaves de la Torre,
joyas y cadena.
Salgo en el caballo,
que si vivo queda,
como el de Alexandro
mármol se prometa.
Hoy á vuestros pies
mis fortunas llegan,
mostrad que sois Angel
por librarme de ellas.
Dadme vuestro amparo,
que mi historia es esta,
será vuestra gloria
remediar mi pena.

Dia. Discreto debeis de ser,
mas no se os ha parecido,
engañador habeis sido,
guardese toda muger.
Hi de puta, bellacon,
cómo pintó por la senda,
la camisa de su prenda!

aun no travera jubon?
Qué linda vista teneis!
pues de aquellas naguas frescas,
visteis las naguas Flandescas,
á fé que no me engañeis.
De esos sois? no mas conmigo,
á buen tiempo os declarais,
pues al de Parma me dais
por capital enemigo.
Andais á engañar mugeres
de noche por los jardines?
Teo. No es justo que lo imagines,
si de desdichas lo infieres.
Fab. Señora, á este caballero
favorece. *Dia.* Vos hablais
por él? tan seguro estais
de su culpa, majadero?
Fab. Qué has hecho? *Alex.* Aquesto fingí
por verla. *Dia.* O Ulises astuto?
vayase Porcia con bruto,
que es lo que me quiere á mí?
Fab. Señora, no es en tu agravio,
invencion debe de ser. *á ella.*
Dia. Vive Dios, que le he de hacer
dar mil estocadas, Fabio.
Venid conmigo, Camilo,
y Julio. *Jul.* Qué airada estás!
Dia. Qué quereis? no puedo mas
en viendo traidor estilo. *Vanse.*
Fab. Quisiera poder hablarte,
y quedóse aquí Teodora;
pero qué dirás ahora,
con que puedas disculparte?
Alex. Anda, Fabio, que es locura
la de Diana, y no amor,
y si este ha de ser su humor,
su estado, ni su hermosura
no me prestarán paciencia.
Entra á verla, y dila, Fabio,
que sentido de este agravio,
daré la vuelta á Florencia,
que yo no quiero muger
con lucidos intervalos.
Fab. Con qué gentiles regalos
la dispones á volver
á su amistad! mas yo voy
por ver de que se ha sentido. *vase.*
Teo. Ahora que Fabio es ido,
os quiero decir quien soy,
generoso caballero.
Alex. Ya, señora, lo he sabido,
y ahora perdon os pido
de no haber hecho primero
lo que era razon con vos.
Teo. De mí tambien estad cierto,
que de aqueste desconcieto,
estoy corrida por Dios;
Salen al paño Diana, y Fabio.
perdonad la boberia,
que la señora Duquesa
no sabe mas. *Alex.* No me pesa
de ver su descortesia,
si ha pasado por su puerta
por la posta Salomon,
pésame de la ocasion
neciamente descubierta
á quien me ha tratado asi.
Teo. La relacion que la hicistes
de vuestras fortunas tristes,
mas impresion hizo en mí:
mis joyas, casa y hacienda
tened por vuestras, Octavio.
Dia. Qué sientes de aquello, Fabio?
Fab. Siento que el diablo lo entienda.
Alex. A tantas obligaciones,
qué puedo yo responder?
Teo. La herencia de esta muger
está ahora en opiniones;
si sale el pleyto por mi,
Farnesio ilustre, creed,
como vos me hagais merced,
si habeis de asistir aqui,
de darme vuestro favor,
de premiaros de tal modo,
que venga á ser vuestro todo.
Dia. Aquello es temor ó amor?
Fab. Temor de verse en estado,
que todo lo ha menester.
Dia. Zelos me dan, soy muger,
peligro corre el cuidado.
Alex. Dadme, señora, licencia
para poner en razon
mis cosas. *Fab.* Por tu ocasion
quiere volver á Florencia.
Dia. A qué Florencia, ignorante,
siendo del de Parma hermano?

Fab. Todo aquello es cuento vano,
por estar gente delante.
Teo. Id con Dios, gallardo Octavio,
y en prendas de que sereis
de mi parte, y vengareis
de mi justicia el agravio,
este diamante traed *dasele.*
por divisa de una Dama.
Alex. Señora, tanta merced!
tomaréle por prision,
como fué antigua señal,
para ser grillo immortal
del dedo de corazon.
Dia. Si se detiene, y porfia
tanto, quien escucha yerra,
presumo que doy en tierra,
con toda la boberia.
Fab. Voy tras él.
Alex. Fabio: y Diana?
Fab. Calla que está aquí, y te oyó.
Alex. Será bien hablarla? *Fab.* No,
que es airada tigre hircana;
echa, señor, por aquí,
y finge que no la viste. *vanse.*
Sale Diana.
Teo. Diana, dónde tan triste?
Dia. Estóilo desde hoy por tí,
dísteme, amiga Teodora,
recien venida un consejo,
que no tomas para tí.
Teo. Cómo? *Dia.* Que por no ser buenos,
siempre huyese de los hombres,
y siempre te hallo con ellos.
Esta mañana tambien,
con mil razones y exemplos
me persuadiste lo mismo,
no entiendo tus pensamientos:
mas debe de ser engaño;
dime si puedo quererlos,
que por tomar tu leccion,
ha muchos dias que tengo
el gusto con telarañas,
con polvo el entendimiento.
Qué es amor, por vida mia?
Teo. Amor, Diana, es deseo.
Dia. No mas? *Teo.* Lo demas, tener
las esperanzas efecto.
Es el amor de dos almas
transformacion. *Dia.* Cómo?
Teo. Un trueco,
que dexando cuerpos propios,
pasan á cuerpos agenos.
Dia. Valgame Dios! *Teo.* Qué te admira?
Dia. Que se pasen á otros cuerpos,
que es la mayor invencion,
que pudo hallar el ingenio.
Pero entre dos que se aman,
qué suele descomponerlos?
Teo. Zelos. *Dia.* Qué es zelos?
Teo. Sospechas
de que hay diferente dueño.
Dia. Y si le hay? *Teo.* Es agravio;
que los zelos solos ellos,
son una sombra de noche,
que del propio movimiento
de la persona se causa;
son una pintura en léjos,
que finge montañas altas,
los que son rasgos pequeños.
No has pasado alguna vez
por un espejo de presto,
que eres tú, y piensas que es otro?
pues eso mismo son zelos.
Dia. Qué son zelos tantas cosas!
Teo. Librete Dios de tenerlos. *vase.*
Dia. Dulces empeños de amor,
quien os mandó ser empeños
de prendas no conocidas?
Fié de Fabio el secreto,
de buscarme un defensor,
y quando tenerle pienso,
hallo que todo es engaño,
traiciones, y atrevimientos.
Determinéme á querer
á tan noble caballero
como Alexandro, y corrida
de mi engaño me arrepiento.
Quién, sino yo, pudo hallar
la desdicha en el remedio?
quién, sino yo, ser pudiera
dichosa para no serlo?
Ay mi querida aldea! ay campo ameno!
quien me truxo á la Corte, muera de zelos.
Ay mis dulces soledades,
donde escuchaba requiebros

de las aves en sus flores,
de las aguas en sus hielos!
No aqui lisonjas, no engaños,
no traiciones, no desprecios,
á donde teme la vida,
si no la espada, el veneno.
Nunca yo supe en mi aldea
de qué color era el miedo,
ahora en mi sombra misma,
por qualquiera parte temo.
Allá todos eran simples,
aquí todos son discretos,
achaques de la mentira,
por ser mas los que son ménos.
Ay mi querida aldea, ay campo ameno!
quien me truxo á la Corte, muera de zelos.

Salen Alexandro, y Fabio.

Fab. Con poca satisfaccion
hacen paces los amantes.
Ale. En los pechos semejantes,
se agravia la estimacion.
Fabio me ha dicho, señora,
(ya que mi desconfianza,
viendo en vos tanta mudanza,
con el alma, que os adora,
me obligaba justamente
á solicitar mi ausencia)
que no me vuelva á Florencia.
Dia Fabio es hombre diligente,
y si estuviera colgado
de una almena de ese muro,
mi honor viviera seguro,
y mi necio amor vengado.
Fab. Que lo merezco es muy cierto,
que asi se debe pagar
quien te ha sacado del mar,
y puesto en seguro puerto.
Pero si este movimiento,
es condicion de muger,
que dexan presto vencer
su cobarde entendimiento,
de qualquier sospecha vana:
dime si en haber traido
á Alexandro te he mentido.
Ale. Yo soy, hermosa Diana,
Medicis soy, que no soy
Farnesio, como fingí,
ni á Porcia en mi vida ví,
ni huyendo de nadie voy,
ni maté ni me prendieron,
porque aquella relacion,
fué solamente invencion
de engañar los que la oyeron.
Dia. Si pretendiste encubrirte
de ser quien eres con arte,
por qué no me diste parte,
para que pudiera oirte
con ménos alteracion?
Ale. Porque no te pude hablar.
Dia. Y aquel modo de pintar,
era tambien invencion,
la bella Porcia en camisa?
Ale. Laura una noche, señora,
para que viese la Aurora,
como en la primera risa,
quiso que te viese asi:
como te ví, te pinté,
que en el jardin me quedé,
y por la rexa te ví.
Dia. Apenas creerte puedo,
toda el alma me has turbado,
porque de haberte escuchado,
no tengo seguro el miedo.
De quien con tal libertad
miente, de buen ayre, y gusto,
que no le crean es justo,
quando dixere verdad.
Ale. El dia que llegué aquí,
en cuya noche te hablé,
lo que contigo traté,
á mi hermano le escribí,
pidiéndole que me diese
alguna gente y favor,
con que á su tiempo mejor
te sirviese, y defendiese.
Esta carta me responde. *dala.*
Dia. Muestra. *Ale.* Por ella verás,
que favor en él tendrás,
y que á quien es corresponde.
No puede haber desengaño,
Fabio, en el mundo mayor,
aunque es muger de valor,
es sola, y teme su daño.
Fab. Y no es mucho, que la tienen
mil enemigos cercada.

Ale. Fabio, mi amor, y mi espada,
solo á defenderla vienen.
Al paño Julio, Camilo, y Teodora.
Teo. Juntos los tres? *Cam.* No lo ves?
una carta está leyendo,
y con grande gusto viendo
lo que dice. *Teo.* Cierto es.
Jul. Que está sosegada advierte.
Teo. Quién oyera desde aqui
lo que dicen! *Dia.* Ya leí,
y hoy llego Alexandro, á verte
con diferente semblante,
porque he sabido quien eres.
Ale. Si de mi valor infieres,
que puedo ser semejante
á los Principes, de quien
tengo esta sangre, Diana,
no será esperanza vana,
que presto á tus pies estén
los enemigos que tienes.
Dia. Tu nombre te hará segundo
reconquistador del mundo,
cuyas hazañas previenes,
si el gran Duque, como escribe,
me da su favor. *Ale.* Yo creo,
que tiene mayor deseo,
y con mas cuidado vive.
Fab. Si pudierades hacer,
sin que les diera sospecha,
alguna gente, entre tanto,
que llegaba de Florencia,
todo quedára seguro.
Dia. Pues yo lo haré de manera,
que me defienda de todos,
y que ninguno me entienda.
Ale. Eso cómo puede ser?
Fab. Pienso que en aquella puerta,
tres enemigos del alma,
mundo, carne, y diablo acechan.
Jul. Fabio nos ha descubierto. *salen.*
Cam. Pues ya nos han visto, llega.
Teo. Señora mia? *Dia.* Teodora?
Teo. Qué carta, y consulta es esta?
Dia. Tengo tanta inclinacion
á las cosas de la guerra,
despues que en un libro ví
lo que las historias cuentan
de mugeres valerosas,
que por serlo como ellas,
escribí una carta al Turco,
que luego como la vea,
me entregue la casa santa;
y esta que ves es respuesta,
en que dice que no quiere.
Con que pienso hacer gran leva
de gente y llevarla á Cayro,
por el mar, ó por la tierra.
Esto consultaba á Octavio,
y muy necio me aconseja
no me meta con el Turco.
Jul. No ha dicho cosa como esta
en todos sus desatinos.
Dia. Ea, salgan diez vanderas
con tres mil, ó seis mil hombres.
Alex. Señora, aunque tal empresa
es santa, y la hicieron Reyes
de Francia, é Inglaterra,
vos no sois tan poderosa.
Dia. Qué donosa resistencia!
Vamos, Fabio. *Fab.* Dónde vamos?
Dia. Al Cayro. *Fab.* Mejor no fuera
ir á comer, que es muy tarde?
Dia. Comer lanzas, y escopetas.
Toca al arma, al arma toca.
Jul. Vamos, Teodora, con ella,
no intente algun disparate.
Fab. Qué dices? *Alex.* Que fué discreta
la invencion. *Teo.* De boba, á loca
hay muy poca diferencia.
Cam. Seguidle el humor. *Jul.* Al arma,
toca al arma. *Todos.* Guerra, guerra.

JORNADA TERCERA.

Sale Alexandro con baston de General Marcelo.

Alex. Entró la gente toda?
Mar. Entró toda la gente,
que ya por las posadas se acomoda.
Alex. Formaráse un Exército valiente
de Soldados vizarros.
Vino el vagage? *Mar.* Ya va entrando
en carros.
Alex. Qué dicen en Urbino?
Mar. Que ha sido poderoso desatino,
con pretexto de guerra
contra el Turco, soldados en su tierra

Alex. Deben de estar turbados.
Mar. Sienten sin causa sustentar soldados,
que Diana levanta,
á título de ver la casa santa.
Alex. Mandóme hacerlos, y como es mi amparo,
en servirla reparo,
puesto que me parece disparate,
que un imposible trate,
pues á la santa guerra
fueron un tiempo Francia, é Inglaterra,
y Alfonso Rey de España,
cubriendo de naciones la campaña.
Mar. Tambien dicen que cubren el camino,
soldados de Florencia contra Urbino,
y tanto ya su Exército se acerca,
que le han visto marchar desde la cerca.
Alex. Hablaré á la Duquesa mi señora;
pero quién viene aquí? *Marc.* Viene Teodora.

Sale Teodora.

Teo. En fin, Octavio ha llegado.
Generoso Capitan,
si bien pareceis galan,
mejor pareceis soldado.
Que tan lucido este dia
venís, á quien os espera,
gran Capitan, que quisiera
mayor vuestra compañia.
Dame, Marcelo, lugar,
que quiero hablar con Octavio.
Mar. Es en mi lealtad agravio,
mas no le quiero formar,
que de haberme vos mandado
que os dexe, como lo haré,
mas sospechas llevaré,
que de haberos escuchado. *vase.*
Teo. Si la gente que traeis,
gallardo Farnesio, á Urbino,
para tan gran desatino,
emplear mejor quereis,
yo sé quien luego os hiciera
de estos estados señor.
Alex. Y yo pagara su amor,
Teodora, si justo fuera;
pero habiendo conducido,
por gusto de la Duquesa,
(aunque para loca empresa,
pues todo es tiempo perdido)
la gente, de que me han hecho
Capitan, fuera traicion,
no solo á mi obligacion,
pero á su inocente pecho;
que si bien es desatino
el ir á Jerusalen,
al fin, es Diana quien
me ampara, y tiene en Urbino.
Teo. Y si yo el pleyto venciese?
Alex. Entónces, señora mia,
la gente vuestra sería,
porque sino no lo fuese.

Sale Diana.

Dia. Basta, Teodora, que quien
á Octavio quisiere hallar,
donde estás le ha de buscar,
y á tí, Teodora, tambien,
buscando á Octavio, mas él
ya no debe de ser hombre,
porque atendiendo á ese nombre,
huyeras, Teodora, dél.
Tus honestas altiveces
mas saben decir que hacer,
poco debes de correr,
pues te alcanzan tantas veces.
Teo. Quando yo te persuadia
no pasases adelante,
eras, Diana, ignorante,
que te engañasen temia:
ya que mas discreta eres,
no hay precepto que te dar,
de como se han de guardar
de los hombres las mugeres.
Y asi, pues no han de engañarte,
bien puedes hablar con ellos,
que dexallos, ó querellos,
no cabe en términos de arte.
Dia. Disculpar quieres tu error,
con darme licencia á mí.
Teo. Hablar con Octavio aquí,
puede ser contra mi honor?
muy maliciosa te has hecho,
despues que en palacio estás.
Dia. Como voy sabiendo mas,
voy conociendo tu pecho.
Perdone vueseñoria,
y muy bien venido sea.

Alex. El que serviros desea,
no tiene, señora mia,
mejor bien que desear:
en vuestro lugar estuve.
Dia. Visteisle? *Alex.* Allí me detuve
con gusto de preguntar
como os criasteis, y ví
que del monte á verme vino
vuestro viejo padre Alzino,
á quien vuestras cartas dí,
y aquellos seis mil ducados:
lloró conmigo el buen viejo,
y tomando su consejo,
hice quinientos soldados
de aquellas villas y aldeas
con pregonar vuestro nombre,
con que no quedaba un hombre.
Teo. Bien venido, Octavio, seas,
que quiero ser mas cortés,
que Diana lo es contigo.
Dia. Yo lo que me dices digo.
Teo. Habladme, Octavio, despues. *vase.*
Alex. Por Dios que está vuestra Alteza
terrible, que no repara
en que su ingenio declara.
Dia. Es condicion ó flaqueza
de voluntad de muger,
señor Alexandro, y yo
lo soy tambien, aunque no
lo acabo de conocer.
Alex. Si llega á hablarme Teodora,
quando de servirte vengo,
qué puedo hacer? *Dia.* No la hablar,
pues te doy el mismo exemplo
con Julio, y Camilo yo;
ni respondo á los intentos
de Príncipes que me escriben:
mas desde aquí me resuelvo,
á dexar tus sinrazones,
y tratar de mi remedio.
Alex. Escucha. *Dia* Yo? para qué?
Alex. Hasme de escuchar. *Dia.* No quiero.
Alex. Teodora me habló.
Dia. No hablalla.
Alex. Por qué? *Dia.* Porque yo me ofendo.
Alex. Y si me detuvo? *Dia.* Huir.
Alex. Huir? *Dia.* Y fuera bien hecho.
Alex. Como pude? *Dia.* Con los pies.
Alex. Loca estás. *Dia.* Como tú necio.
Alex. Tanto rigor? *Dia.* Tengo amor.
Alex. Yo mayor. *Dia.* Yo no lo creo.
Alex. Mas que te pesa. *Dia.* No hará.
Alex. Eso es valor? *Dia.* Tengo zelos.
Alex. Morir me dexas? *Dia.* Qué gracia!
Alex. Ya me enojo. *Dia.* Y yo me vengo.
Alex. Diré quien soy. *Dia.* Ya lo has dicho.
Alex. A quién? *Dia.* A quien aborrezco.
Alex. Tú eres muger. *Dia.* Esto soy.

Sale Fabio.

Fab. Meteréme de por medio,
bravos del alma. *Dia.* No hay burlas,
Fabio, conmigo, esto es hecho.
Fab. Anda por aquí Teodora?
Dia. De sus oprobios me quejo.
Fab. Ea, que ya sale amor,
por donde entraron los zelos,
Para qué os estais mirando?
qué sirve si los deseos
están pidiendo los brazos,
poner los ojos al sesgo?
En verdad, que es tiempo ahora,
para que se gaste el tiempo
en zelos, y en desatinos,
estandose Urbino ardiendo!
Alex. Bien dice Fabio, señora,
prosigamos, ó dexemos
lo que habemos comenzado,
que la alteracion del pueblo
no permite dilaciones.
Dia. Qué zelos fueron discretos?
Parte, Fabio, á lo que hoy
te dixe, viniendo á tiempo,
que todos mis enemigos
queden por tí satisfechos,
de que la gente que entró,
no tiene mas fundamento,
que mi simple condicion.
Fab. Voy; pero quedad primero
amigos. *Dia.* Yo le perdono
para que se parta luego
á prevenir los soldados.
Alex. Bien sabe, señora, el cielo
la intencion con que te sirvo.
Fab. Que vereis muy presto espero,
la venganza de Teodora,

y el fin de vuestro deseo. *vanse.*

Sale Julio. Hasta que Urbino, señora,
ha visto tantas banderas,
no ha pensado que es de veras
la guerra, que teme ahora.
Está toda la ciudad
alborotada de ver,
que no siendo menester,
y con tanta brevedad,
hagas número de gente
tan grande, dando ocasion,
que murmuren con razon,
y extrañen el accidente.
Corre fama, y es verdad,
que es contra el Turco, que ha dado
risa al vulgo, y al Senado,
y escandalo á la Ciudad.
Yo, de quien puede fiarse
vuestra Alteza, la prometo
fidelidad y secreto,
si permite á declararse
con quien la sirve y adora.

Dian. Julio, presto verá Urbino,
si es valor ú desatino,
como publica Teodora.
Está ya el Turco embarcado,
para venir contra mí,
y que traiga gente aquí
tiene por burla el Senado?
Pero la culpa he tenido,
porque si yo me casara
en Milan, Parma, ó Ferrara,
entre el Turco, y mi marido
se pudiera averiguar;
y no andar con mis banderas,
si es de burlas, si es de veras,
alborotando el lugar.

Jul. Señora, hablando verdades,
como á veces decís cosas
discretas y sentenciosas,
no siempre nos persuades,
que nacen de tu inocencia,
cosas que nos dan temor,
porque ignorancia y valor,
y desatino, y prudencia,
no caben en un sugeto.

Dia. Si caben, quando se crea,
que aquello me dió una aldea,
y esotro un padre discreto.

Salen Teodora y Camilo.

Teo. A quién no pondrá temor,
ver, Camilo, cada dia
ir en trando tanta gente,
tantas armas y divisas,
tantas caxas y trompetas;
prevenir la artillería
del muro y guardar las puertas?

Cam. Teodora, á quien imagina
á Diana como simple,
echa este negocio á risa.
Mas quien por otras acciones
presume, que ser podria
consejo de algun discreto,
que ocultamente codicia,
hacerse señor de Urbino,
teme que todo es mentira.

Teo. Allí están Julio y Diana.

Cam. Brava amistad. *Teo.* Es fingida.

Jul. Ya te he dicho lo que siento.

Dia. Por qué tienen por malicia,
que traiga Octavio esa gente?

Jul. A todos, señora, admira
que digas que es contra el Turco.

Dia. Quieres que verdad te diga?

Jul. Eso deseo. *Dia.* Pues, Julio,
tendrás secreto? *Jul.* Se cifra
en tu gusto y basta. *Dia.* Temo,
que Teodora mi enemiga
te quiere bien. *Jul.* Ya no quiere
despues que Octavio la mira.

Dia. El á ella, ó ella á él?

Jul. Todo en interes estriva,
de que la dé su favor.

Dia. Casarme, Julio, queria,
y proponiendole á Octavio
mi intento, como él se inclina
á Teodora, me aconseja,
que por marido te elija.

Jul. Quién, sino Octavio, pudiera,
siendo la nobleza misma,
favorecer mi esperanza!
qué término! qué hidalguia!
bien me lo debe en amor.

Dia. Allí, Julio, te retira,
que quiere Camilo hablarme.

Cam. Con Teodora conferia,

Ilustrísima señora,
que la ocasion que te obliga
á las banderas que has hecho,
por otros pasos camina:
si merezco tu favor,
pues aventuré la vida,
por traerte de la aldea,
qué intentas, qué solicitas
con tantas armas? que ya,
como sabes, cada dia
mas nos pones en cuidado.
Dia. Algo estoy mas entendida,
mas no tanto, que me entiendan.
Cam. Temo, que son tus enigmas
como la Esfinge de Tebas.
Dia. No entiendo filosofias;
bien sé que sola, y muger,
y no Artesa, ni Artemisa,
mal me podré gobernar;
Octavio me persuadia,
que hiciese eleccion de tí.
Cam. Tieneme muy conocida
mi gran voluntad Octavio;
con ilustre bizarria
hoy entraba con la gente:
ni en la paz, ni en la milicia
ha visto tal hombre Italia;
pero tú, señora mia,
qué le respondiste á Octavio?
Dia. Que para que te reciba
Urbino con mas aplauso,
al Senado le diria
tus méritos, y mi amor.
Cam. Teodora y Julio nos miran,
que sino, mi amor:::: *Dia.* Detente,
y silencio, si me estimas.
Cam. Voy á engañar á los dos,
y tú tantos años vivas,
que de nuestros hijos veas
copia de inmortal familia.
Jul. Qué te ha dicho la Duquesa,
Camilo? *Cam.* Mil boberias
acerca de la jornada,
con que sér simple confirma;
no hay de que tener sospecha.
Teo. Qué incapaz muger! qué indigna!
Sale Laur. Un Embaxador del Turco,
Persiano de medio arriba,
de medio abaxo lagarto,
con almelafa morisca,
y por mayor gravedad,
ceñido por las rodillas
la cimitarra anchicorta,
la guarnicion de ataugia,
quiere hablarte. *Dia.* Dile que entre,
y dame, Laura, una silla.
Teo. Laura? *Lau.* Señora?
Teo. Oye aparte:
qué es esto que el Turco envia?
Lau. Un Embaxador. *Teo.* Qué dices?
Lau. Que me remito á la vista.
Jul. Para confirmar Diana
la necedad que imagina,
del Exército que forma,
se ha persuadido á sí misma,
fingir un Embaxador.
Cam. Ya viene. *Teod.* Y yo estoy corrida.
Salga el acompañamiento que pueda, y de tras Fabio vestido preciosamente á lo Turco.
Fab. Alá guarde á vuestra Alteza.
Dia. Venga vuestra turqueria
con salud. *Fab.* Dame tus plantas.
Dia. Están á los pies asidas.
Fab. Las manos. *Dia.* Si se las doy,
con qué quiere que me vista?
Lau. Dele silla vuestra Alteza.
Dia. Por qué no se la traía
de su tierra? *Lau.* Esto conviene:
siéntese vueseñoría. *sientase.*
Jul. Este no es Fabio, Teodora?
Teo. En forma tan peregrina
viene, por darla contento,
que apenas le conocia.
Jul. Ya no es duda su ignorancia,
que solo esta accion confirma
la simplicidad mayor,
que ha sido vista ni escrita.
Fab. Ya queda, hermosa Diana, *á ella.*
sacando la Infanteria
Alexandro, y en Palacio
de arcabuces y de picas
forma un esquadron, que rige
en un caballo, que pisa
fuego por tierra, y á saltos
sobre los ayres empina

el cuerpo, tan arrogante
que apenas cabe en las cinchas.
Dia. Proseguid, Embaxador.
Fab. Pues me mandais que prosiga,
el gran Mahometo Sultan,
Emperador de la China,
de Tartaria, y de Dalmacia,
de Arabia, y Fuente-Rabía,
señor de todo el Oriente,
y desde Persia á Galicia,
con Mostafá, que soy yo,
salud, Duquesa, te envia.
Dia. De que en tan largo camino,
no se os perdiese, me admira,
esa salud que decís,
y viniendo tan aprisa.
Fab. Qual están estos borrachos *á ella.*
escuchándome! *Dia.* No digas
algo, que me eche á perder.
Fab. O si le vieras quál iba
Alexandro! todo sol,
y toda sombra le envidia.
Dia. Proseguid, Embaxador.
Fab. Pasando por la cozina,
me dió un olor de torreznos,
que el alma se me salia.
Dia. Comen los Turcos tozino?
Fab. Y se beben una pipa
donde no los vé Mahoma.
Dia. Tozino? *Fab.* No sino guindas.
Dia. Proseguid, Embaxador.
Fab. Al salir de la Mezquita
Sultan, recibió una carta
en presencia de Xarifa;
donde dices, que es tu intento
conquistar á Palestina,
tierra santa de tu ley,
para cuya accion le avisas,
que haces gente en tus estados,
y que tus banderas cifras
con una C y una T,
que dicen contra Turquia;
que derribe luego á Meca,
á donde cuelga en cezina
un pernil de su profeta;
y que por parias te rinda
todos los años cien Moras;
las cincuenta bien vestidas
de grana, y tela de Persia;
y las cincuenta en camisa;
seis elefantes azules,
y diez acas amarillas,
aquellos cargados de ambar,
y estas de baqueta y frisa:
ó que sino, desde luego
rompes la paz, y publicas
la guerra, y para señal,
un guante de malla envias.
Dixome que te dixese *á ella.*
Alexandro, que vendria,
en haciendo el esquadron,
á verte. *Dia.* Es mi propia vida.
Proseguid, Embaxador.
Fab. Sultan, por las cosas dichas,
y viendo arrogancias tales,
de los vigotes se tira,
y de la cólera adusta,
de tal manera se hincha,
que de unas calzas de grana,
se le quebraron las cintas.
Finalmente, me mandó
que partiese el mismo dia,
y donde no hallase postas,
tomase mulas aprisa;
para que en llegando á Italia,
ninguna cosa te diga.
Yo cumplo con mi embaxada,
y me vuelvo á Natolía,
donde está con tanto enojo,
que me dixo á la partida,
que le llevase un barril
de aceytunas de Sevilla;
y porque allá no las hay,
seis varas de longaniza.
Con esto el Cielo te guarde,
y advierte, que me permitas,
que pueda tener despensa,
donde vendiendo salchichas,
perdices, vino, y conejos,
vuelva rico á Berberia,
que por la mitad que á otros
te daré quanto me pidas. *vase.*
Dia. Marcelo? *Mar.* Señora? *Dia.* Dime,
seria descortesia
matar á este Embaxador,
por las que me tienes dichas?

ó regalarle unas tocas,
para el camino? *Mar.* Sería
contra su salvo conducto.

Dia. Luto este Moro traia?

Teo. Yo quedo ya sin sospecha,
segura de mi justicia.

Jul. Y yo, Teodora, templando
con la lástima la risa.

Cam. Las caxas suenan, no temas,
porque quien se persuadia,
que era Turco su criado,
no pecará de malicia.
Vamos á ver como ordena
Octavio la Infantería.

Ju. El por lo ménos bien sabe
a militar disciplina. *vanse.*

Dia. Teodora? *Teo.* Señora? *Dia.* Advierte;
será bien dar un pregon,
de estas trompetas al son?

Teo. Pregon? cómo? *Dia.* De esta suerte.
Que todas desde este dia,
ó solteras, ó casadas
traigan calzas atacadas.

Teo. Muy buena invencion sería.

Dia. Pues con esto se ahorrarán
de enaguas, y de manteos,
que es gran costa, y los deseos
ménos, Teodora, serán,
que lo que siempre se vé,
á ménos codicia obliga.

Teo. Qué ingenio! Dios te bendiga. *vase.*

Dia. Pues ya Teodora se fué,
y Alexandro está ordenando
el esquadron, que ha de entrar
en Urbino, para dar
lugar al que está esperando:
bien será partirme luego
á volver por mi opinion,
Volved mi libre razon
á vuestro antiguo sosiego;
conozca mi entendimiento,
y salga de la prision,
de esta vil transformacion,
mi cautivo pensamiento.
Que el ser boba, son tan fieras
burlas en una muger,
que el hábito puede hacer,
que lo venga á ser de veras.
Y si tanto desconsuela,
ser boba una hora fingida,
quien lo fué toda la vida,
de qué suerte se consuela?
Que si del mayor amigo,
si es necio se hace desprecio,
cómo no se cansa un necio,
pues ha de tratar consigo? *vase.*

Salen Alexandro y Fabio.

Alex. Apenas puedo creer,
Fabio, lo que me has contado.

Fab. Todo queda asegurado.

Alex. Qué peregrina muger!
qué dirán quando la vean
con su entendimiento claro?

Fab. Que ha sido el caso tan raro,
que habrá pocos que le crean.
Habráse alguno fingido
bobo de aquesta manera?

Alex. Quando esto jamás hubiera
en el mundo sucedido,
habiendo tantas memorias,
que alguna vez te diré,
quál exemplo de mas fé,
que en las divinas historias
un Rey de tanto valor,
á quien Saul perseguia,
que como siempre vivia
fugitivo á su rigor?

Fab. Con qué discrecion ha sido
boba hasta tener defensa!

Alex. Vengaráse de su ofensa,
si no la pone en olvido.

Fab. Confesabase una Dama,
de estas de bonico aseo,
preguntóla el Confesor,
como suelen, lo primero,
el estado que tenia;
y ella, con rostro modesto,
respondió, que era doncella:
fuese el caso prosiguiendo,
y confesó en el discurso
ciertos casos poco honestos;
díxola el padre: al principio,
dixisteis, si bien me acuerdo,
que erades doncella, pues?
y ella respondió de presto,
si padre, de una señora.

Alex. Y yo tu discurso entiendo;
de manera, que Diana,
mientras sale con su intento,
es boba para los otros.
Fab. Y mas que he sacado el cuento
de mi propia biblioteca.
Ella viene.

Sale Diana.

Dian. Doy al cielo
gracias, valiente Alexandro,
que libre á tus ojos llego.
Alex. Segura, hermosa Diana,
de mi valor por lo ménos,
que antes perderé mil vidas
que venga á poder ageno
estado, que á no ser tuyo,
te sobran merecimientos,
para mayores laureles.
Dia. Aunque pasé con secreto
hasta llegar á tu tienda,
he visto en hileras puesto,
ya no lucido esquadron,
mas todo un monte de azero.
Alex. Ya pues, señora, que has visto
las banderas, los pertrechos,
y todo el órden del campo,
en tu servicio dispuesto;
miéntras se juntan del todo,
te ruego con vivo afecto,
para que de tu justicia
quede yo mas satisfecho;
y porque muchos tambien
tienen el mismo deseo,
que me digas el principio
de tu noble nacimiento.
Dian. El Duque Octavio, ó Medicis famoso!
muerto en la guerra su menor hermano,
que tuvo el Rey de Francia victorioso,
contra el valiente Principe Britano:
truxo á su casa el Angel mas hermoso,
que su deidad vistió de velo humano,
en la Condesa Hortensia su sobrina,
á peticion de su muger Delfina.
Criabase en palacio la Condesa,
de no pocos señores pretendida,
pero dificil por el Duque empresa,
negada á todos; y por él querida;
murió de pocos años la Duquesa,
de quien era guardada y defendida,
y declaróse el Duque libremente,
tal es de amor el barbaro accidente.
Andando á caza con Hortensia un dia,
con despecho de verse desdeñado,
y que ni por marido le queria,
ni dar remedio á su mortal cuidado;
en una selva tímida, y sombria,
cubrióse el cielo de un telliz bordado,
de obscuras nieblas, como un tiempo á Dido,
amor de sus desdenes ofendido.
Comenzaron con esto las señales
de obscura tempestad, que miedo aumentan,
sonando de las ruedas celestiales
los quicios, que la máquina sustentan;
ocultos los terrestres animales,
las aves, que en el ayre se alimentan,
rebolando entre negros torbellinos,
baxaban á los arboles vecinos.
Pegaba á la celeste artilleria
la cuerda el seco humor, y de los senos
de las obscuras nubes escupia
relámpagos de luz, de miedo truenos;
piramidal el fuego resolvia
las copas de los arboles amenos,
y las sagradas torres, cuyo muro
no está, por ser mas alto mas seguro.
Hay una cueba solitaria, y fiera,
bostezo obscuro de una parda roca,
que porque el eco se quedase á fuera,
forma de espinos dientes á su boca,
de salobres carambanos esfera,
de riscos altos la melena toca:
sudando charcos los abiertos poros,
de roncas ranas desabridos coros.
Aquí principio dió naturaleza
á mi vida, Alexandro, aquí forzada
de la Condesa Hortensia la belleza,
fué prima, y madre, y se sintió preñada
el Duque por cubrir, no la flaqueza,
sino la culpa, sin dexar la espada,
como Eneas á Dido, fué mas necio,
pues no hay mayor espada, que el desprecio.
Quando nací murió, propia fortuna

de una muger que nace desdichada,
pues tuve á un tiempo sepultura, y cuna,
viviendo entre dos montes sepultada:
criéme sin tener noticia alguna
(en pobre labradora transformada)
de mi padre, y mi noble nacimiento,
sin esperanzas que llevase el viento.
Bien que la sangre á diferente estilo,
de cosas altas me sirvió de norte,
y quando vino, como ves, Camilo,
troqué el sayal en tela, el campo en Corte:
tú ya de mi temor, sagrado asilo,
como esta vida á tu valor importe,
aunque no añada á tus grandezas lustre,
defiende esta muger por hombre ilustre.

Alex. El trágico principio de tu historia,
tan peregrina, y de sucesos llena,
parece que lastíma la memoria:
mas hoy en gloria volverá la pena;
la justicia promete la victoria,
contra la parte de la envidia agena,
hoy quedarás pacífica señora.

Dia. Y tú, Alexandro, de quien mas te adora.
Hoy pues, gallardo Medicis, desnuda
la espada, con alegre confianza,
contra esta gente, que del peso en duda
de mi justicia pone la balanza;
que yo, si tu valor mi empresa ayuda,
prometo posesion á mi esperanza,
porque es pedir á un Medicis consuelo,
tener en tanto mal Médico al cielo.

Alex. Dime, señora, de qué suerte quieres
ponerte en posesion? *Dia.* Dexando aparte
este fingido engaño. *Alex.* Pues no esperes,
que ya la gente de Florencia parte,
tú serás el valor de las mugeres.

Dia. Tú Cesar Florentin, Toscano Marte.

Fab. Y yo no seré nada? *Dia.* No te agravio,
mientras no soy la que pretendo, Fabio.
Armar quiero, Alexandro, mi persona,
y vean los soldados mi presencia,
miéntras llegan á darme la corona,
los que vienen marchando de Florencia.

Alex. Armate, pues, ó Italica Belona,
muéstrate á Urbino con igual prudencia,
veante cuerda, que al tomar la espada,
temblará la opinion desengañada.

Dia. Armas, Fabio, ola criados,
dadme un espaldar, y peto.

Salen Marcelo, y criados, y desnudándose Diana la ropa, y basquiña, quede en jubon rico de faldillas, y naguas ó manteos.

Mar. Aquí tienes ya las armas.

Dian. Dame esa gola, Marcelo.

Mar. Mejor estabas ahora,
para parecer á Venus.
Para qué quieres armarte?

Fab. Sal por tus ojos en cuerpo,
y todo el linage humano,
doy por siete veces muerto.

Dian. Aprieta la gola bien.

Alex. Yo lo veo, y no lo creo:
dónde aprendiste, señora,
entre castaños, y enebros,
entre asperezas de montes,
que visten ayas y texos,
á vestir lucidas armas,
juntando azerados petos,
las evillas, y correas,
sobre gravados trofeos?

Dia. No importa á quien altamente
nace, Alexandro, saberlo;
que basta que lo haya visto,
quien tiene valor é ingenio.
Quando el Rey le dice á un grande,
que se ha criado mancebo
en la Corte, lleno de ambar,
y de telas de oro lleno:
id á la guerra, y se parte,
y en llegando al campo, viendo
al enemigo, parece
entre el plomo ardiente un Hector,
quién lo causa? quién le enseña?
claro está, que su maestro
fué allí la sangre heredada,
alma segunda en los buenos.
El brio nace en las almas,
la execucion en los pechos,
lo gallardo en el valor,
lo altivo en los pensamientos,

lo animoso en la esperanza,
lo alentado en el deseo,
lo bravo en el corazon,
lo valiente en el despecho,
lo cortés en la prudencia,
lo arrojado en el desprecio,
lo generoso en la sangre,
lo amoroso en el empleo,
lo temerario en la causa,
lo apacible en el despejo,
lo piadoso en el amor,
y lo terrible en los zelos.
Fab. Qué dices de esto, Alexandro?
Alex. Que como habiendose puesto
la mano á una fuente un rato,
luego que la quitan, vemos
correr tan furiosa el agua,
que para salir mas presto,
parece que la que viene
fuerza á la que va corriendo,
asi la bella Diana,
que estuvo en tanto silencio,
desata con mayor furia,
su divino entendimiento.
De suerte, que al disponer
las razones el imperio,
entre la lengua, y la voz
se atropellan los preceptos.
Dia. Dadme un espejo. *Alex.* Bien dice,
mirese en él, aunque pienso,
que no le hallará mejor,
que ser de sí misma espejo.
Fab. Qué bien se ciñó la espada!
qué dirán los que la vieron,
ayer simple, hoy valerosa?
Alex. Que supo engañar fingiendo
una muger incapaz,
á muchos hombres discretos.
Dian. Estoy bien? *Fab.* De oro, y azul.
Dia. Pues ven conmigo, que llevo,
para que me tiemble el mundo
un Alexandro en el pecho. *vanse.*

Salen Julio, y Camilo.

Cam. Hoy ha de ser el dia
que la ciudad desengañada quede.
Jul. Seguramente puede
vencer la pena, que tener podia,
viendo tan gran locura, y desatino.
Cam. Este se juzga ya Duque de Urbino. *ap.*
Jul. Este piensa que ya tiene el estado. *ap.*
Cam. Qué necio, qué empeñado *ap.*
presume Julio, que el laurél merece!
Jul. Qué soberbio Camilo desvanece *ap.*
sus locos pensamientos!
Cam. Ignora de Diana los intentos, *ap.*
Julio; bien haya Octavio,
que me propuso Duque libremente.
Jul. Octavio ha sido noble, cuerdo y sabio, *ap.*
en persuadir el animo inocente
de Diana, á quererme por su esposo.
Cam. Pensando estoy, Octavio generoso, *ap.*
qué puedo darte en premio de esta empresa?
Jul. Qué le daré por darme á la Duquesa? *ap.*

Salen Teodora, Laura, y Fenisa con baqueros, espadas, y sombreros de plumages.

Fen. Desde aquí puedes ver pasar la gente.
Teo. Con el son de las armas me provoco.
Laur. Qué bizarra es la guerra, qué valiente
esfuerzo ponen caxas, y trompetas!
Teo. Mis ansias, que hasta aquí fueron secretas
por Octavio, Fenisa, se declaran.
Fen. Por justa causa en su despejo paran.
Lau. Qué necia, y qué engañada está Teodora! *ap.*
piensa que la ha de dar Octavio ahora
por armas el estado.
Teo. Dónde aquella ignorante se ha quedado
que á ver no viene tan lucida gente?
Mas, qué puede alegrar á quien no siente?

Salen por el patio soldados con arcabuzes, caxas y vanderas, Alexandro de General, Diana á caballo, y Fabio á su lado.

Jul. Siendo Octavio el General,
quién es el gallardo mozo
que en aquel caballo viene?
Cam. Qué bizarro talle! *Jul.* Ayroso.

Tocan mientras sube Diana al Teatro.

Teo. Fenisa, confusa estoy,
que con admirable asombro,
en aquel mancebo ilustre,

pone la Ciudad los ojos.
Dia. Vasallos, yo soy Diana,
yo la Señora me nombro
de Urbino, yo la Duquesa
á cuyo derecho solo
este estado pertenece,
y la posesion que tomo;
no simple para el gobierno,
no incapaz para el decoro
de la dignidad, si fuera
el Reyno mas poderoso:
por el peligro en que estaba,
y que no me hiciese estorvo
la pretension de Teodora,
cubrí de simples despojos
mi sutil entendimiento,
hasta prevenir socorro,
como le veis en el campo,
sin el exército propio.
Aqui, pues, oid vasallos,
las armas serán los votos
de la justicia que tengo.
Torres, puentes, puertas, fosos,
todo queda ya con guardas,
el que moviere alboroto,
por la que le han de sacar
alma le darán de plomo.
Julio, Teodora, y Camilo
salgan de mi estado todo
para siempre, que las vidas,
por ser quien soy, les perdono.
La burla que de mí hicieron,
duplicada se la torno,
pues han de perder la patria,
corridos como envidiosos.
A Fabio, que me ha servido,
doy á Laura. *Fab.* Me conformo.
Dia. Con seis mil:::
Fab. De renta? *Dia.* Sí.
Fab. Laura, responde. *Laura.* Respondo,
que soy tuya. *danse las manos.*
Dia. Este gallardo
caballero generoso,
es Alexandro de Medicis,
no como pensais vosotros
Octavio Farnesio, y es
Duque de Urbino, y mi esposo.
Todos. Vivan Diana, y le goze
como á Alexandro animoso.
Alex. El alma responde aquí.
Dia. De este laurel que me pongo,
parto la mitad contigo.
Alex. Será de diamantes, y oro.
Teo. Corrida estoy de mi engaño.
Jul. La boba nos hizo bobos.
Fab. Aquí, Senado, se acaba,
la Boba para los otros,
y Discreta para sí.
Y pues son discretos todos,
perdonando nuestras faltas,
quedaremos animosos,
para escribir el Poeta,
para serviros nosotros.

FIN.

CON LICENCIA EN MADRID.

AÑO DE 1804.

Se hallará en la Librería de Gonzalez, calle de Atocha, frente á los Gremios.